



anula la histérica ilusión del público de estar espiando –como voyerista– la escena, condición de la tradición teatral dramática. Por un lado, se saca a la luz hechos oscuros de la historia y aberraciones de la conducta más negativa del hombre, diciéndonos: por más que queramos mostrar todo tal como fue es imposible, ya que esto sólo es teatro, y por otro lado, se llama la atención del espectador para que éste asista, de manera activa, a ver una verdad dura, radical, "no interpretada". La manifestación de la "idea" que desprende esta propuesta formal es tajante, no permite ambigüedades, enfrenta al espectador con su conciencia, lo hace darse cuenta de lo que está viendo y cómo ello lo esta

penetrando. Así es imposible "hacerse el leso", no se puede decir "no estuve ahí", y por tanto no tengo opinión.

Canto II (De la reflexión y el peso de la verdad)

ACUSADO12:

"Señor presidente,
quiero aclararlo ya de una vez.
Ya desde nuestros años en la escuela,
de cada tres palabras
una se refería siempre a los
que eran culpables de todo
y que debían ser exterminados.
Se nos inculcaba
que eso era sólo para bien

del propio pueblo.

En las escuelas del partido aprendimos a aceptarlo todo en silencio.

Si alguno preguntaba algo,
se le decía:

Todo lo que se hace, se hace de acuerdo con la ley.

De nada sirve

que hoy las leyes sean otras.

Se nos decía:

Debéis aprender,

la instrucción os es más necesaria que el pan.

Señor presidente,

no nos dejaban pensar.

Eso ya lo hacían otros por nosotros".

Este parlamento del Canto del Unterscharführer Stark, es una lec-

Mientras veía en la Sala Eugenio Dittborn del Teatro de la Universidad Católica la primera parte de la lectura dramatizada de *La Indagación*, de Peter Weiss, me di cuenta de que los aros que llevaba puestos provenían de esa guerra a que aludía la obra. Es una larga historia. Mis abuelos maternos nacieron en un territorio que todavía se llamaba el Imperio Austrohúngaro. Él era un polaco burgués que tardíamente se había casado con una checa judía de tomo y lomo –su padre era el rabino del pueblo. Una vez juntos, se habían trasladado a Yugoslavia, donde nacieron mi madre y su hermana. Ahí los pilló la avanzada nazi. Huyeron primero a Francia y luego, cuando París se veía amenazada, lo más lejos posible: a Chile, donde un primo de mi abuela había llegado ya. Antes de zarpar, un conocido de mi abuelo se

Cuando la guerra

Milena Gr

Traductora y analista t

le acercó y le entregó un anillo con una hermosa aguamarina como ojo de gato y un par de objetos redondos con un pequeño brillante al centro, que durante toda mi infancia miré como gemelos. Y le dijo: "Guárdame los hasta que nos volvamos a ver". Nunca se volvieron a ver y esas joyas pasaron a manos de mi madre y, por alguna razón poderosa, yo siempre quise transformar esos supuestos gemelos en aros y llevarlos puestos como seña de mi propia proveniencia.

Los gemelos finalmente no eran gemelos, sino una prenda que servía para fijar las puntas de los cuellos de las camisas, como ahora lo hacen los botones. Cuando lo supe, me dolió un

poco transformarlos, porque su nueva identidad borraba las huellas de un pasado que ya no existe. Pero seguí adelante. En realidad, seguí adelante mi madre, porque ella había decidido, después de muchas vueltas, regalarme esas joyas. Y por si la carga fuera poca, fundió también su argolla de matrimonio en esos aros que hoy visto.

Mientras veía *La Indagación*, me di cuenta del permanente movimiento de vaivén respecto del Holocausto que he tenido que sobrellevar durante toda la vida.

Parte de la leyenda es que tres hermanas, de las cinco que tenía mi abuela, y tres hermanos, de los cinco que tenía mi abuelo, murieron en cam-

ción, muestra, adelanta, el monstruo que se puede crear en los hombres, cuando a través de la enseñanza del odio, la segregación, el racismo, la discriminación, algunos pretenden salvarnos, protegernos de lo desconocido, de lo extraño, de lo ajeno. El temor a la diversidad, a otras maneras de ver la vida, a otros sentires, síntomas de mentes apocadas y fanáticas, cunde como reguero de pólvora en el cuerpo social, siempre miedoso de la pérdida, del descontrol. La regulación de las conductas humanas gira en torno al adoctrinamiento, a la instrucción para eliminar al distinto, para culparlo de nuestras personales frustraciones e incapacidades. Se habla del bien general, del

pueblo, se pretende salvar a una colectividad exclusiva, la de los que son idénticos. El sueño de la perfección y del saber absoluto, confunde los sentidos, enajena. La sordera y la ceguera, convierten al individuo en fantástico a sus propios ojos, perdiendo la percepción del entorno, dejándolo imposibilitado de captar estímulos que lo abran al diálogo. Es ahí cuando la institucionalidad y el peso de la ley, surgen en las sociedades preocupadas de la imagen y del "qué dirán". Se normalizan y se valoran las conductas adecuadas a los intereses del poder. La justicia entonces es un sueño, una fantasía, ya que "si todo se hizo de acuerdo a la ley", será imposible para un nuevo orden moral, sal-

Laboratorio Teatral UC 2001

La indagación

Oratorio en 11 cantos de Peter Weiss

José Luis Aguilera
Francisco Albornoz
Ignaciol Aldunate
Maureen Boys
Felipe Braun
Paulina Bronfman
Carlos Cerda
León Cohen
Cristián Campos
Luciano Cruz-Coke
María teresa Diez
Verónica García-Huidobro
Milena Grass
Ramón Griffero
John Knuckey
Rodrigo Lisboa
Ramón López
Pablo Macaya
Jaime Mc Manus
Guillermo Murua
Ramón Núñez
Francisco Ossa
Jaime Reyes
Claudio Rojas
Willy Semler
Gabriel Sepúlveda
Cristián Soto
Mario Soto
Inés Stranger
Claudio Valenzuela
Rodolfo Vásquez
Alberto Vega
Tomás Vidiella
Paz Yrarrázaval
Alej Zisis

Pontificia Universidad Católica de Chile
Facultad de Artes
Escuela de Teatro
Goethe Institut

uestra herencia

pos de concentración. Y así los primos y primas de mi madre, y todo un largo rastro perdido de parientes. Mi abuelo murió en Chile sin haber aprendido jamás el castellano. Y mi abuela murió a una edad avanzada, sintiéndose muy chilena, teniéndole un terror ancestral de tierra quieta a los temblores y con un acento pertinaz que nunca cejó y del cual al fin de los días ella había perdido toda conciencia.

Cuando cumplí treinta años hice un viaje a la tierra de mis ancestros con mi madre. De hecho, fue mi regalo de cumpleaños. Fuimos a Praga y de ahí a Prosteiov, donde visitamos a la única prima de mi madre que había sobrevivido en Europa. Al pasar junto a una construcción de ladrillos que no parecía más que un muro, me recorrió un escalofrío y, con el alma en la gar-

ganta, se me escapó una pregunta: "¿Qué es eso?" Mi madre respondió como ausente: "El campo de deportación donde encerraron a los judíos de la ciudad de Praga antes de enviarlos a los campos de exterminio". En Praga hay un museo donde las obras exhibidas son los dibujos de los niños que vivieron en ese campo; la mayoría tiene fecha de nacimiento y, en la fecha de muerte, dice "desconocida".

Finalmente llegamos a ver a la prima de mi madre, Elishka. Hablábamos en inglés. Ella había logrado que el gobierno comunista checo la dejara ir a Inglaterra en un viaje de estudios por los museos y galerías porque era una pintora suficientemente talentosa. Luego había vuelto y no había conseguido permiso para dejar su país nunca más. En sus hijos, los estragos de la



vo que este sea revolucionario, tirar por el suelo una ley basada en el mal.

En las sociedades no dispuestas al cambio, la forma legal será el paraíso de los violadores, torturadores, dictadores, ya que si cuentan con dinero, contactos y alianzas vigentes, se ampararán en la red legal en que se sustenta y perpetúa el sistema. Un llamado entonces, a no creer en "padres" que prometan mucho en estos escenarios, sus discursos no buscarán la verdad, porque, o no tienen la intención, o no "pueden" buscarla. En esos casos, deberíamos pedir a los "padres" honestidad y humildad, pero ambas virtudes son difíciles de encontrar en la naturaleza humana, que tiende a la comodidad y a la deten-

tación de privilegios.

Durante el pasado siglo hemos sido testigos de tantos cantos y gritos: ¡Que muera el perro judío! ¡Gitanos cochinos! ¡Indios culiados! ¡Comunistas de mierda! Los ¡venceremos!, han pasado de voz en voz, de una ideología a otra, entre razas, por fronteras y religiones. El desenlace ha sido el mismo, se sabe. El capítulo siguiente, casi siempre se conoce: consenso, formalidad legal, callar. La **indagación** tiene el valor de sacar a la luz, de mostrar esta situación. Dolorosamente, esta obra enseña mucho más que los horrores que el hombre puede cometer por defender o imponer sus creencias e ideas, enseña más que la enorme capacidad

de algunos para sufrir y padecer, enseñar, y en esto es universal, nuestra incapacidad para hacernos cargo de la verdad, la que, en casos como estos, no es, ni puede ser relativa. Vemos como se justifica la frase de uno de los testigos: "Yo salí del campo, pero el campo sigue entre nosotros". Esa es la realidad, esa es la denuncia que **La indagación** nos lanza, o más bien, nos escupe al rostro.

Tremenda verdad, amargo veneno, terrorífica forma nacida a la luz. El monstruo nos rodea, está en nosotros mismos, está en el del lado, en el "otro". Imposible dejar de pensar en el amargo existencialismo y toda la paranoia que le es propia. Puesto así el acontecer y el devenir humano, se comprende

segunda guerra mundial se sumaban a los estragos del comunismo soviético y la oscura alma checa: el favorito había muerto de cáncer a los cuarenta años; los dos restantes estaban totalmente alcoholizados. Y en este cuadro donde ella, en su anciana pequeñez, brillaba, se dio una conversación entre primas que nunca estoy segura si la escuché o la soñé.

"¿Y el primo tal?" "La última vez que lo vieron fue en Auschwitz". "Y la tía tanto." "Se supo que se la llevaron, pero no sé a dónde". Y así una retahíla interminable.

Yo siempre había conocido esa historia familiar que decía que mi abuela había tenido que huir de Europa dejando a su madre moribunda; que mi abuelo le había prohibido ir a verla a Checoslovaquia, porque, de haberlo hecho, nunca más habría sabido de ella; y eso me parecía horroroso. Pero frente a esa conversación, me di cuenta de que el famoso Holocausto no era

un relato histórico, era en verdad el pozo profundo donde habían caído miles de vidas y se habían desmembrado miles de familias.

En ese momento, lo que más me impactó fue la naturalidad de la conversación. Mi madre preguntaba por carne de su carne, por personas con nombre y apellido, con las cuales había vivido, conversado, jugado... Su prima contestaba con la naturalidad de quien vivió el horror y forma parte de su vida.

¿Qué podía esperar entonces de estas lecturas?

Cuando Claudia Echenique propuso hacer "algo" con esta "obra", la leí. Sufrí al hacerlo. Y en una declaración de principios, extraña después de haber visto y buscado imágenes horribles de la guerra que nunca se desvanecerán lo suficiente en mi memoria, dije que yo no quería tener nada que ver con eso. Que me dolía.

Pero la sangre tira; tira el paren-

tesco y tira más aún la sangre derramada.

Tengo que decir, eso sí, que aún hoy sigo sintiendo ese vaivén afectivo. A ratos me emociona hasta las lágrimas lo que allí se dice; otras veces, me distancio y me pregunto qué tiene que ver esta historia de muerte conmigo.

Me imagino que esa es una de las razones por las cuales tantas personas han invertido talento, horas, afectos en este proyecto ingrato.

Nos dimos muchas razones para sacar adelante las lecturas:

Que es un horror que no hay que olvidar.

Que se parece demasiado a una parte comparativamente minúscula de nuestra historia.

Que ya que no se resuelve el tema de los detenidos desaparecidos, usemos esta metáfora.

Que el teatro tiene un poder sanador y exorcizador, y hay que usarlo.

la instauración de la depresión y el sinsentido de la acción, en muchos sectores de la sociedad actual.

Gracias Carlos, por ayudar con tu aporte a esta denuncia, gracias por inyectar este veneno en nosotros, por sacar a la luz el horror de nuestras miserias y faltas de compromiso. Comprendo el enojo, en tu lecho de muerte, te faltó tiempo para tantas verdades que deben ser enrostradas. Pero no te preocupes, afortunadamente el Teatro seguirá contando y nutriéndose de hombres conscientes y dispuestos para estas lides. La lucha por el equilibrio entre el bien y el mal perdurará hasta que quede un solo hombre en la tierra, incluso ahí esa lucha seguirá. ●

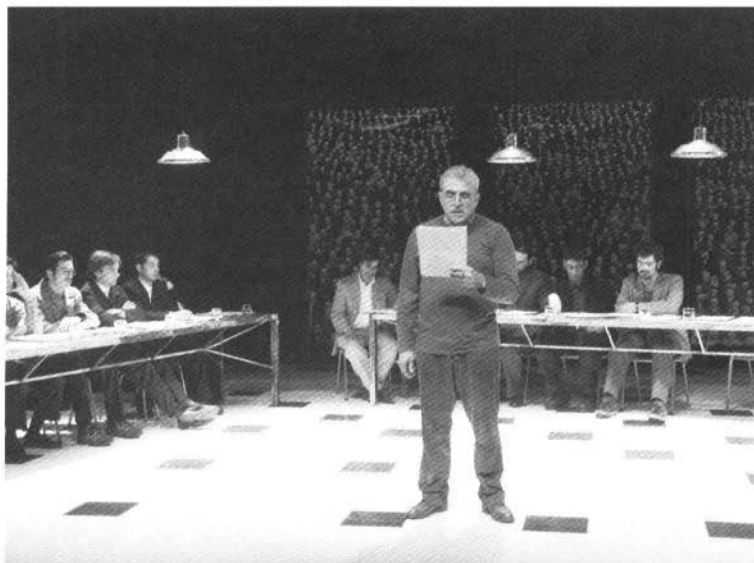


Foto: Ramón López

En la foto: Tomás Vidiella.

Que es importante el debate público sobre los crímenes contra la humanidad.

Y frente a todas las buenas razones, siempre penaba una misma pregunta bajo diversas formas: ¿es sanador invocar todo este horror?, ¿no será demasiado fácil desterrar la metáfora de nuestras tierras porque eso "pasó en Alemania hace muchos años"?, ¿frente a hechos de esta magnitud, permite el teatro una discusión o se impone el silencio ante lo inhumano?

No tengo una sola respuesta. Lo más honesto sería decir que me sirvió en lo personal que se hiciera, me dolió, me hizo situarme, nos remeció, nos movilizó en torno a un proyecto, nos hizo revisitarse la historia y lo más arcaico del ser humano, pero también es cierto que no sirvió de nada en términos de cambiar en algo nuestro entorno.

Yo misma, a pesar de la historia que he heredado, me encontré preguntándome ¿puede ser cierto tanto ho-

rror?, ¿es posible que el ser humano se ensañe así con sus semejantes?

Por que quizás el mayor horror es encontrarnos frente a frente con hechos que dan cuenta irrefutable de nuestra propia barbarie. En este mundo occidental postmoderno nos preciamos del poder intelectual del ser humano; llegamos incluso a la luna. Hemos hecho todo lo posible por cortar con nuestra genealogía animal y nos sentimos lisa y llanamente superiores. Pero creo que, en el fondo, somos animales despiadados, también. Y cuando el animal que llevamos agazapado le entierra los colmillos en la yugular a la presa, es tanto el miedo que nos da nuestra propia naturaleza, que nos parece increíble.

La pregunta constante en mi mente y en mis labios, como en los de tantos otros, pone el signo de interrogación en este dolor: ¿cómo es posible? Es posible porque está dentro nuestro y es tan humano.

Veo un video sobre la vida de Víctor Jara, y las torturas en el estadio nacional no tienen nada que envidiarles a Auschwitz, Treblinka o Bergen-Belsen. La única diferencia está en el volumen y la sistematicidad.

Leo sobre las guerras de independencia en África y las cruentas luchas entre tribus vecinas y reconozco sin dificultad algunas de las mismas conductas de sangre.

Para qué hablar del desplome de las Twin Towers y la consiguiente guerra en Afganistán.

Y si queremos retroceder en la historia: Atila, la Inquisición, la Conquista de América, los progroms en Rusia, la aniquilación de los selk'nam y tantos episodios poco gloriosos de la historia del hombre.

¡Qué pena que los ejemplos más que faltar, hagan fila!

En una visita al recién inaugurado Museo Judío de Berlín, vi unos breves instantes de la grabación de una



antigua entrevista a Hanna Arendt, filósofa que salvó con vida del Holocausto y ha dedicado gran parte de sus escritos a este tema. Lo que decía me impresionó. Según ella, el mayor quiebre en la historia moderna del ser humano no proviene de la Segunda Guerra Mundial en general, sino del descubrimiento de los campos de exterminio. Ella misma reconocía haber negado en su momento, como tantos otros judíos, la existencia de los campos de concentración; la sola idea de que el ser humano pudiera concebir e implementar un "sistema" para liquidar masivamente a sus congéneres era impensable, una ofensa para toda la humanidad. No obstante, Auschwitz era la prueba que demostraba fehacientemente que el ser humano era capaz de concretar ese horror. Esa es en verdad la herida abierta que nos duele por casi un siglo.

El ser humano quedó en evidencia; es despiadado, sanguinario, cruel por naturaleza, también. Quisiéramos pensarnos como animales de otra casta, más "evolucionados", pero esa no es la verdad completa. Y en esto no hay juicio moral con intención de mea culpa y posterior rectificación de la conducta; no digo que sea bueno ni malo ni mejor ni peor. Digo que así es y que quizás tenerlo presente ayudaría a calmar a la bestia. Quizás si aceptáramos por nuestra esa condición brutal, le diéramos curso con menos rabia.

Siento que lo que más me queda de este ejercicio teatral es una nueva conciencia de que lo que allí ocurrió es intrínsecamente humano. Y la convicción de que esa inhumanidad, esa animalidad que nos cuesta el ego, va por dentro, sigue aquí. Y que el domeñarla pasa por aceptarla en cada uno de nosotros, para que luego no surja apenas pueda a vengarse de tanta negación.

Con el teatro siempre ocurre así. Para quienes no somos actores ni directores, las obras dramáticas suelen ser fundamentalmente un texto portador de muchas ideas. Y siempre me asombra el poder que tiene un montaje para develar aspectos complejos de la psiquis humana, que recién se hacen evidentes una vez encarnados en los actores.

Así, otro hecho que vislumbré, no en esa primera lectura rechazadora, sino luego, en el montaje, fue que en realidad todos los que estaban allí, en ese juicio, formaban parte de un *continuum* de participación activa en la masacre. A diferencia de las obras basadas en los juicios de Nuremberg, donde se acusaba a los jefes nazis, *La Indagación* se refiere a los juicios de Frankfurt donde los acusados eran los mandos medios, los encargados de llevar a cabo el exterminio día a día en los campos. Por primera vez, me vi enfrentada a esa otra dimensión de la matanza y me quedó claro que los testigos de la parte defensora, tuvieron que arrimarse, cual más cual menos, a los guardianes para estar años después allí declarando. Por primera vez, sentí que todos los que habían logrado sobrevivir se habían ganado la vida colaborando. Hay quienes trabajaban en los andenes, quienes trasladaban los cadáveres, quienes servían en las enfermerías, quienes echaban el gas en las cámaras, etc., etc. Varía el grado de dolor y culpa con que cuentan su participación; pero ninguno pudo mantenerse puro como víctima si quería salvar el pellejo.

No es este un juicio moral a los sobrevivientes. Así como creo que el asesino con saña se esconde en todos nosotros; también creo que hay una indudable sanidad en reconocer la realidad y transar con ella lo necesario

para salvar la vida. Quizás lo creo porque una identidad mía profunda siente que, en esas circunstancias, yo me habría muerto de pena, incapaz de pronunciar una palabra ni mover un solo músculo. Por eso antes veía con un horror perplejo a los sobrevivientes activos, condenándolos como unos seres que habían vendido su alma para salvar la vida, una vida miserable si había sido capaz de resistir en medio de todos esos crímenes. Ahora ya no estoy tan segura. Como decía antes, ahora también me parece un talento, un sentido de la supervivencia bien desarrollado, poder moverse en esas aguas espesas de sangre y hallar finalmente un camino hacia la vida.

Una vez un amigo me dio a leer un cuento de un escritor polaco que había pasado por Auschwitz: Tadeusz Borowski. Recuerdo que la historia me impresionó, no tanto por la anécdota como por el clima de normalidad en que vivían los personajes en medio del horror. El narrador contaba la llegada de los convoyes llenos de prisioneros, que al bajar al andén eran seleccionados y enviados a las cámaras de gas, como algo que ocurría normalmente, todos los días a cierta hora. Me impresionó la naturalidad con que el horror se había emplazado en la vida diaria de esos personajes.

Algo similar me ocurre frente a *La Indagación*, cuando, a pesar de las pesadillas recurrentes y la tortura del recuerdo, empiezan a desfilar los asesinatos y, en particular, los detalles de los experimentos que los médicos nazis llevaron a cabo con los prisioneros. ¿Qué locura se apoderó de esos hombres, que escisión que los hizo capaces de someter a sus semejantes a vejaciones y dolores insoportables?

Entiendo que el ser humano es capaz de adaptarse hasta el absurdo para

sobrevivir. En los campos de concentración, en los estados de guerra, ocurren cosas que en la vida cotidiana de la paz son absolutamente incomprensibles. Cuando escuchamos sobre experimentos en que los conejillos de indias son seres humanos cuya muerte no es más que un dato científico sobre los efectos que tiene tal o cual procedimiento, pensamos, como Hanna Arendt, que algo así no es posible. Sin embargo, ahí están los testimonios de los sobrevivientes y, justamente por la calma, su relato resulta aún más choquante: la naturalidad con que narran esos "imposibles" es el mayor argumento para probar que todo eso ocurrió. Es tanto el escándalo y la rebeldía que nos produce lo que escuchamos, que no es posible pensar que alguien pueda idear una mentira tal; son cosas que se pueden enunciar porque ocurrieron y porque quien las evoca, las vivió y las sobrevivió, y su sobrevivencia indica que el ser humano es capaz de sumergirse en lo impensable y salir nuevamente a la luz.

A fin de cuentas, eso queda de esta experiencia. Cuando me pregunto sobre las razones y la pertinencia de haber hecho estas lecturas, el balance, a pesar del dolor, es siempre positivo. ¿Por qué?

Porque siento que es importante recordar la historia. Y no como un ejercicio que prevenga que se repitan los horrores del pasado, sino como una voz de alerta de lo presente que siempre ha estado y está en todo ser humano ese animal rencoroso. Quizás seamos la única especie en toda la creación capaz de ensañarse y torturar con una batería de argumentos intelectuales que justifica un proceder francamente inmoral y vejatorio.

Porque siento que junto a esa bestia que se alza briosa de tanto en tan-

to, el ser humano es capaz de resistir incluso el sinsentido y seguir adelante. Junto con la destrucción más cruenta, llevamos en nosotros un impulso de sobrevivencia capaz de rescatarnos del mismo infierno.

Porque me emociona la convicción de todos los que se dejaron involucrar en este proyecto. Todo actor que participa de un ejercicio teatral, aunque sea éste una lectura dramatizada, se entrega a la experiencia emocional que el teatro conlleva. En el caso de

largo proceso de encuentro y desencuentro con mis dolores familiares, he ido encontrando un difícil punto de raigambre intermedio. Hoy siento que el Holocausto es una tragedia presente en mi vida; creo que el sufrimiento deja huella en la carne misma y se traspasa de generación en generación. Esa herencia está viva en mí. La diferencia es que ya no me parece que haya sido mi propio cuerpo el que sufrió esa violencia; la recuerda pero no carga con las heridas abier-



Foto: Ramón López

una obra como *La Indagación*, tanto los actores como los directores y todos los participantes, incluso el público, tuvieron la valentía de ponerse al servicio de lo peor del ser humano para revelarlo, para verlo. Asistir a una comedia no tiene gracia; lo que sí tiene gracia es prestarse para indagar en los sufrimientos y las miserias del alma humana. A pesar de su dolor, nos permitieron conocernos y reconocernos. Y, de alguna manera, siento que la pena por toda esa fatalidad se ve mitigada por la generosidad de todos los que estuvieron ahí porque sintieron que era algo necesario para nuestro espíritu personal y nacional.

Porque, de alguna manera, en este

Ubicarse en este umbral es un ejercicio difícil. La culpa de haber sobrevivido también se transmite y germina. Se necesita toda la humildad posible tanto para aceptar la muerte como para aceptar la vida y seguir adelante. He saldado las deudas con mi historia personal, ya no tengo que escribir una gran historia reparadora para justificar mi vida. Mi propia existencia, aquí en Chile, a miles de kilómetros de la tierra donde nacieron mis abuelos, y en el año 2002, a setenta años de su éxodo, es un vestigio preceder en que se plasman la capacidad de horror y de sobrevivencia del ser humano. Soy esa complejidad de nuestra especie encarnada. ●